

Megara. Por otra parte, descubria yo desde este pueblo los dos nombres del Parnaso, y esto bastaba á recordar aquellos versos de Virgilio que comienzan:

Qualis populea mœrens Philomela, etc.

La Noche ó la Oscuridad y Júpiter Conio,<sup>1</sup> tenían tambien sus templos en Megara, y aun puede decirse que todavía permanecen allí estas dos deidades. Aun quedan algunos restos de murallas, y no sé si serán las que edificó Alcathoo, ayudándole Apolo. Mientras el dios trabajaba en la obra, dejó su lira en una piedra, la cual desde entonces exhalaba sonidos armoniosos siempre que la tocaba con un guijarro. El abate Fourmont recogió treinta inscripciones en Megara; y Pccocke, Spon, Wheler y Chandler han encontrado algunas otras de muy poco interés. No busqué la escuela de Euclides, aunque mejor hubiera querido hallar la casa de aquella compasiva mujer que cuidó de enterrar á Fobion bajo su hogar.<sup>2</sup> Despues de un largo paseo volví á casa de mi huésped, que me estaba esperando para ir á visitar un enfermo.

Los griegos, lo mismo que los turcos, creen que todos los francos poseen conocimientos en medicina, y aun secretos particulares. La sencillez con que en sus enfermedades invocan el socorro de los extranjeros, no carece de interés, y recuerda tambien las costumbres antiguas, porque es una

<sup>1</sup> El *Polvoroso*, nombre derivado de la voz griega que significa polvo; pero esto no es esacto, y en esta parte me adhiero mas bien al traductor francés que sigue la version latina, como observa muy bien el sábio Mr. Larcher.

<sup>2</sup> Véase el libro tercero de los *Mártires*.

noble confianza de un hombre en otro hombre. Los salvajes de América suelen hacer lo mismo, y creo que la religion y la humanidad prescriben al viajero preste en tales casos sus auxilios y conocimientos; porque un aspecto de seguridad y unas palabras de consuelo, pueden algunas veces volver la vida á un moribundo, y el júbilo y la esperanza á una familia desolada.

Un griego, pues, vino á suplicarme que pasase á ver á su hija, pobre criatura, que se hallaba tendida en una estera, cubierta enteramente de harapos. La niña sacó un brazo con mucha repugnancia y rubor, y volvió á dejarle caer casi moribunda sobre su cuerpo. Despues de haberla observado, me pareció que su enfermedad consistia en una calentura pútrida, é inmediatamente le hice quitar de la cabeza todas las bujerías con que las mujeres albanesas adornan sus cabelleras; porque el peso de aquellos metales y de las trenzas concentraban mas calor en el cerebro. Llevaba yo encima un poco de alcanfor para un caso de peste, y no tuve dificultad en partirlo con la enferma, y aprobé el alimento que se le daba, que se reducía á uvas. En fin, hicimos oracion á Christos y á la Panagia (la Virgen), y prometí un pronto restablecimiento. Muy lejos estaba yo de creerlo; he visto morir á tantos, que tengo sobre ello mucha esperiencia.

Al salir encontré reunida á la puerta toda la poblacion y las mujeres se hacinaban alrededor de mí gritando. *¡Crasi! ¡crasi! ¡vino! ¡vino!* y obligándome á beber, se esforzaban en manifestarme su reconocimiento; esta escena no dejaba de presentarme como un médico bastante ridículo. ¿Por qué importa, si dejaba en Megara otra persona mas que me desease algun bien en los diferentes países donde he vagado errante peregrino? Los viajeros tienen el privi-

legio de dejar en pos de sí muchos recuerdos, y de vivir en el corazón de los extraños mas tiempo, tal vez, que en la memoria de sus amigos.

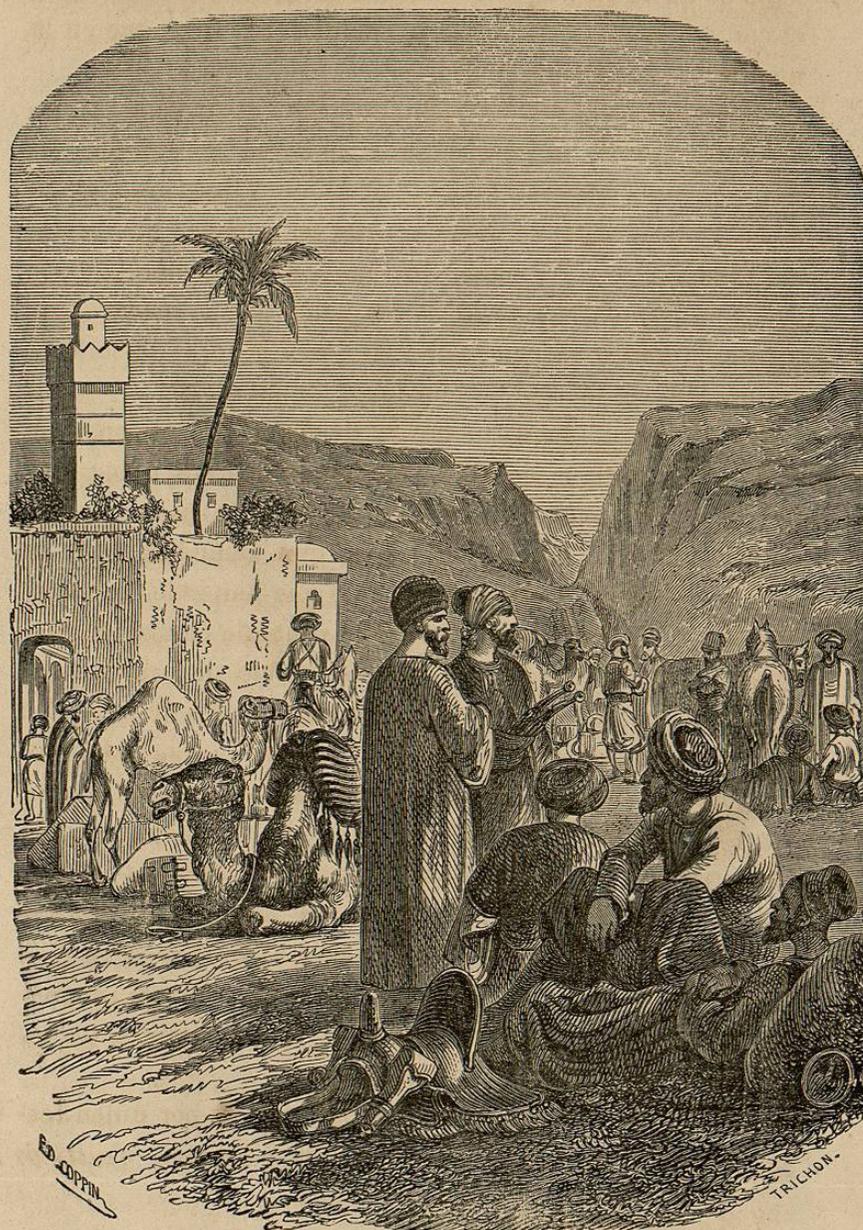
Costóme mucho trabajo llegar al kan, y en toda la noche pude apartar la imágen de la albanesa moribunda: esto me recordó que en Megara fué donde Virgilio, visitando como yo la Grecia, contrajo aquella enfermedad que le llevó al sepulcro; y yo mismo casi me sentia atormentado por la calentura. Megara vió, pocos años antes, pasar otros franceses mas desgraciados,<sup>1</sup> y no veia la hora de salir de un pueblo que me parecia un lugar de fatalidad.

Con efecto, al dia siguiente 22 de Agosto, á las once de la mañana salimos de allí. El albanés que nos habia hospedado se empeñó en regalarme antes de partir una de aquellas gallinas sin cresta ni cola que Chandler cree se hallan únicamente en Megara, pero que han sido importadas de la Virginia, ó tal vez de un pequeño canton de Alemania. Mi huésped hacia mucho aprecio de aquellas gallinas, de las que referia mil anécdotas. Yo le contesté que habia viajado por el país de aquellas aves, país muy distante, y situado mas allá del mar, y que en él habia tambien griegos establecidos entre los salvajes en medio de los bosques. Con efecto, algunos griegos cansados de sufrir su esclavitud han emigrado á la Florida, donde los frutos de la libertad les hacen disipar los recuerdos de su país natal. "Los que han gustado este dulce fruto ya no pueden renunciar á él, y por él desean vivir aún entre los lotófagos, y se olvidan de su patria."<sup>2</sup>

El albanés nada entendia de todo esto, y por única respuesta me invitaba á comer la gallina y algunos *frutti di*

<sup>1</sup> La guarnicion de Zante.

<sup>2</sup> Olyseea.



*mare.* Pero yo hubiera preferido aquel pescado llamado *glaucus*, que en otro tiempo se pescaba en la costa de Megara. Anaxandrides, citado por Ateneo, refiere que solo Nereo pudo ser el primero que pensara alimentarse con la cabeza de este excelente pescado: Antiphane quiere se cueza antes, y Amphis lo sirve entero á los siete jefes, que sobre uz escudo negro,

Epouvantoient les cieux de serments effroyables.

Esta tardanza que me ocasionó mi huésped fué causa de que no pudiéramos llegar aquel mismo dia á Atenas. Habiendo salido de Megara á las once la mañana, como ya he indicado, llegamos muy pronto al fin de su vega, y en seguida comenzamos á subir el monte Kerato-Pyrgo, el Kerata de los antiguos; elévanse en su cumbre dos peñascos aislados, y sobre uno de ellos se distinguen todavía los restos de una torre que dió su nombre á la montaña. En la falda del Kerato-Pyrgo fué donde se colocó la palestra de Corcion y el sepulcro de Alopé, pero no se conserva vestigio alguno. Muy pronto encontramos los Pozos-Floridos en el centro de un valle bien cultivado. Entonces me hallaba yo casi tan fatigado como Céres, cuando despues de haber buscado por toda la tierra á Proserpina, fué á sentarse junto á aquellos pozos. Despues de un corto descanso continuamos nuestro camino. Acercámonos á Eleusis, pero no ví las anémonas de varios colores que Wheler distinguió en algunos campos, sin duda porque habia pasado ya su estacion.

A las cinco de la tarde llegamos á una llanura rodeada de montes al Norte, al Poniente y al Levante. Un brazo de mar largo y estrecho baña aquella llanura por la parte

del Mediodía, y forma la cuerda del arco de los montes. Al otro lado se descubren las orillas de una isla bastante elevada, y cuya punta oriental se acerca á uno de los promontorios del continente, dejando solo un estrecho paso. Resolví quedarme en una aldea que está sobre la colina que termina al Poniente, y cerca del mar el círculo de montañas de que acabo de hablar.

Distingúanse en la llanura las ruinas de un acueducto, y otras varias en medio del rastrojo de una mies acabada de segar: apeamos al pié del montecillo, y nos dirigimos á una cabaña, donde encontramos la mejor acogida.

Estando á la puerta haciendo á José no sé qué encargo, ví venir un griego, que al llegar cerca me saludó en italiano. Refirióme en seguida su historia, y me dijo que era de Atenas, y se ocupaba en hacer brea con los pinos de los montes Jeranienses, y concluyó asegurándome que era amigo de Mr. Fauvel, y que positivamente veria á este viajero. A todo esto contesté que llevaba cartas para Mr. Fauvel, y le manifesté que me alegraba de encontrar á un hombre que podria acaso darme algunas noticias acerca de las ruinas que tenia á la vista, y del paraje en que me encontraba. Yo no ignoraba en verdad el punto en que nos hallábamos; pero no dejaba de calcular que un ateniense que conocia á Mr. Fauvel, no dejaria de ser un excelente cicerone. Supliquéle, pues, me esplicase algo acerca de lo que tenia á la vista, y me orientase en el conocimiento del país. Entonces, poniendo la mano sobre el pecho, é inclinándose con humildad: "Muchas veces, respondió, he oído explicar todo esto á Mr. Fauvel; pero yo no soy mas que un pobre ignorante, y no sé si todo ello es verdad. La cima de aquella montaña rojiza que se presenta allá á Levante por encima del promontorio, se llama Telo-Veuni (el pequeño Himeto); aquella isla que se ve al otro lado de es-

te brazo de mar, es Coulouri; Mr. Fauvel la llama *Salamina*; dice que en este canal que está en frente de nosotros, se dió un gran combate entre la armada de los griegos, y otra de los persas. Los griegos ocupaban este canal, y los persas se hallaban al otro lado, hácia el puerto Leon (el Pireo); y el rey de los persas, cuyo nombre no recuerdo, estaba sentado en un trono á la punta de este cabo. Respecto de la aldea en que nos encontramos, Mr. Fauvel la llama *Eleusis*, y nosotros *Lepsina*. Mr. Fauvel dice que habia un templo (el de Céres), bajo de esta casa; y si quereis dar algunos pasos mas, vereis aún el sitio donde se hallaba el ídolo mutilado de este templo (la estatua de Céres Eleusina) que se llevaron los ingleses."

Separándose el griego para ir á hacer su brea, me dejó con los ojos fijos en un país desierto y en un mar donde no se veia otro barco que el de un pescador atado á un muelle ruinoso.

Todos los viajeros modernos han visitado á Eleusis, y no queda por copiar una sola de sus inscripciones: solo el abate Fourmont ha copiado veinte. Tenemos además una docta disertacion de Mr. de Sainte-Croix sobre el templo de Eleusis, y un plano de este templo ejecutado por Mr. Foucherot. Warburton, Sainte-Croix y el abate Barthlemi, han dicho todo cuanto ofrecian de curioso los misterios de Céres, cuyas pompas exteriores ha descrito el último. Respecto de la estatua mutilada, que dos viajeros han hecho desaparecer, Chandler sostiene que era la de Proserpina, y Spon la de Céres. Segun Prococke, este busto colossal tenia cinco piés y medio de un hombro á otro, y la cesta que le servia de corona, mas de dos piés de elevacion. Spon cree que esta estatua pudo muy bien ser obra de Praxiteles, pero yo no sé si es fundada esta opinion. Pau-

sanas, respetando los misterios, no se atrevió á describir la estatua de Céres, y por eso sin duda guarda Strabon el mismo silencio. Es verdad que Plinio asegura que Praxiteles era el autor de una estatua de Céres en mármol, y de dos Proserpinrs en bronce: la primera, de la que tambien habla Pausanias, trasladada á Roma, pudo ser acaso la que se veia hace algunos años en Eleusis; las dos Proserpinas en bronce no se hallan en este caso de cuestion. Juzgando por el retrato que nos han hecho de esta estatua, se podia tal vez creer que no representaba mas que una canéfora.<sup>1</sup> No recuerdo si Mr. Fauvel me dijo qué, á pesar de su reputacion esta estatua era de muy mala ejecucion.

Despues de lo que tantos viajeros han dicho de Eleusis, solo añadiré por mi parte, que me paseé en medio de sus ruinas, bajé al puerto, y me detuve á contemplar el estrecho de Salamina. Pasaron la gloria y las fiestas: igual silencio reinaba en la tierra y en el mar: ni aclamaciones, ni cánticos, ni pompas en la orilla, ni gritos de guerra, ni choque de galeras, ni agitacion en las olas. Mi imaginacion no bastaba á representarme, ya la procesion religiosa de Eleusis, ya la playa cubierta por el ejército innumerable de los persas que miraban el combate de Salamina. Eleusis es á mi parecer el pueblo mas respetable de la Grecia, porque en él se enseñaba la unidad de Dios, y porque presenció el mayor esfuerzo que jamás hicieron los hombres por su libertad.

Y ¡quién lo creería! los griegos modernos casi ignoran el nombre de Salamina. Ya hemos visto lo que me decia mi ateniense. “Esta isla ha perdido su nombre, dice Mr. Fauvel en sus *Memorias*, y está tan olvidado como el de Temístocles.” Cuenta Spon que se hospedó en Salamina en

<sup>1</sup> Una cariátide, según Guillet.

casa el papá Iaonnis, “hombre menos ignorante que todos sus feligreses, porque siquiera sabia que aquella isla se llamaba en otro tiempo Salamina, y aun nos dijo que esto lo sabia por su padre.” Esta indiferencia de los griegos por cuanto pertenece á su patria, es harto vergonzosa, pues no solamente ignoran su historia, sino hasta la lengua que forma su gloria;<sup>1</sup> y así se vió á un inglés entusiasta que lleno de celo queria avecindarse en Atenas para dar lecciones de griego antiguo.

Solo la noche pudo separarme de la ribera. Las olas que la brisa habia levantado chocaban en la playa, y venian á mojar mis piés: por algun tiempo anduve solitario por la orilla de aquel mar que bañaba el sepulcro de Temístocles, y es muy probable que en aquel instante era yo el único que en Grecia se acordaba de aquel héroe.

José habia comprado para cenar un carnero, pues ya sabia que no llegaríamos hasta el dia siguiente á casa un cónsul de Francia. Importábale muy poco Esparta, que acababa de ver, y mucho menos Atenas, donde iba á entrar; pero alegre por llegar el término de sus fatigas, regalaba la casa de nuestro huésped. El marido, la mujer, los hijos, todos estaban en movimiento: solo el genízaro permanecía inmóvil en medio de aquella agitacion, fumando tranquilamente su pipa, pero aplaudiendo tal vez en su alma aquel bullicio de que confiaba aprovecharse. Desde que Alarico estinguió los misterios, Eleusis no habia visto otro festin igual. Sentámonos á la mesa, ó por mejor decir nos colocamos en tierra al rededor de las viandas: nuestra huésped habia hecho cocer pan, que ciertamente no era muy bueno, pero que era tierno y acababa de salir del horno.

<sup>1</sup> Hay, sin embargo, honrosas escepciones: todos han oido hablar de Corai, Rodrika, etc., etc.